

Javier Hernando Herráez

Una bandada de pájaros vuela en círculos alrededor de mí



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



**Una bandada de pájaros
vuela en círculos
alrededor de mí**

Javier Hernando Herráez

Ávila, 1986

Ha publicado libros de poesía y obras de teatro. Forma parte de La Ferretería y Los Bárbaros (*Cosas que nos gustaría ver en el escenario, Lo que queda*, etc.). Colabora con la Cía. del Sr. Smith dirigida por Pedro Casas.

Javier Hernando Herráez

Una bandada de pájaros vuela en círculos alrededor de mí



© Javier Hernando Herráez

© *De la presente edición:*

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:

Vicente Alberto Serrano

Ilustración de cubierta:

Erica Martínez

NIPO: 035-15-057-9

El Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música (INAEM) lleva a cabo una extensa labor a favor de la promoción, protección y difusión del teatro, la danza, la música y el circo en nuestro país. Su actividad comprende la práctica totalidad de las áreas que el hecho artístico comporta: desde la producción —a través de su centros de creación— o la exhibición, pasando por documentación, la formación o el fomento de las disciplinas de las que se ocupa a través del apoyo a entidades —públicas y privadas—, compañías y agrupaciones artísticas.

Como no podía ser de otra forma, desde su fundación, también la creación dramática es objeto de la atención del Instituto. Además del ya prolongado respaldo a la Muestra de Teatro Español de Autores Contemporáneos de Alicante, de la concesión del Premio Calderón para autores noveles y de las numerosas iniciativas del Centro Dramático Nacional, el Programa de Dramaturgias Actuales alcanza, con los textos que ahora prologamos, su cuarta edición.

Es ya una cosecha considerable de piezas representativas de la pujanza y variedad creativa del momento. En estos cinco trabajos el lector encontrará un amplio espectro estilístico que va del realismo callejero a la poesía o los registros experimentales. Encontrará voces poco frecuentes, como las de una cucaracha, un lince o un grupo de galgos, en entornos como Haití, Sudáfrica o Lavapiés. Encontrará, también, reflexiones sobre algunas de las cuestiones básicas de nuestra existencia como seres sociales: la relación de pareja, la paternidad, la falsedad o la desigualdad. Y, sobre todo, encontrará interesantísimos retos que superar en el camino de la puesta en escena, que es el objetivo último de los autores de los textos aquí publicados por el INAEM y que firman Lucía Carballal Luengo, Carlos Contreras Elvira, Javier Hernando Herráez, Eva Redondo Llorente y Nieves Rodríguez Rodríguez.

**Instituto Nacional de las
Artes Escénicas y de la Música**

Con Rocío

SÓLO CON LAS ESTRELLAS PARA GUIARNOS

Siempre que los gigantes se iban de noche a acostar, llevándose consigo sus enormes juguetes, a nosotros no nos quedaba nada con qué jugar, y dormíamos bajo los sofás y las sillas. Jamás sería nuestro el don de la enormidad. Esta era una verdad a la que habíamos intentado darle, una y otra vez, nuestras diminutas espaldas y siempre habíamos fracasado. Deshechos por el dolor, algunos de los nuestros encontraron consuelo en la oración, y otros, como nosotros mismos, eligieron seguir perros salvajes por los oscuros bosques infestados de alces de las tierras del norte, alimentándose la herida hasta que desfallecieron.

MARK STRAND. *Casi invisible.*

El lince cuenta: por las mañanas abro los ojos y estoy solo, veo qué día hace, me levanto y estoy solo, me limpio las heridas, voy a pasear por el bosque y estoy solo, tal vez vea un conejo o una docena de palomas y coma algo y esté solo; descansaré bajo la sombra de cualquier árbol y estaré solo, veré anochecer y estaré solo, se habrá puesto el sol y me acostaré, cerraré los ojos y estaré solo. Un día normal, picado por las moscas, sin novedades, estando solo.

Yo vivía en un árbol
pero ardió el bosque y ardió mi árbol
y pude ver mi casa rodeada de piñas en llamas.

Yo vivía en un bosque
pero ardió la ciudad y ardió mi bosque
y pude ver mi casa rodeada de pinos en llamas.

Yo vivía en una ciudad
pero ardió el país y ardió mi ciudad
y pude ver mi casa rodeada de pinares en llamas.

Yo vivía en un país
pero ardió el mundo y ardió mi país
y pude ver mi casa, pero no pude ver nada.

LUCÍA.- Dime una cosa.

JONÁS.- ¿Qué?

LUCÍA.- Si ahora mismo me muriese, ¿qué epitafio pondrías en mi tumba?

JONÁS.- No lo sé. Tal vez: *Lucía, supo tratar a los animales, supo cuidar de mí.*

El lince piensa: ¿qué está pasando?, ¿quiénes sois?, ¿el mundo se aleja?, ¿qué me espera? Miro al paisaje y siento el aire espeso, cargado, cien yunques al rojo vivo son golpeados a la vez por cien martillos, oigo una campana tan grande que su badajo pareciera del tamaño de la tierra: algo comienza a temblar y tiemblo.

Jonás enciende un cigarrillo. Lucía sonríe silenciosa, avanza hasta la ventana y ve como el humo se extingue en el cielo. No hablan. El lenguaje ha terminado para ellos. El lince piensa: ¿qué importancia tiene una palabra en mitad de la tormenta? Ven el edificio bañado por una luz roja, una chimenea alta y alta de ladrillos rojos, una pequeña luna, dos puñados de estrellas más pequeñas y más lejanas. Ella piensa: *somos los únicos seres humanos encima de la tierra.* Él piensa en palabras como catástrofe y fracaso. Ella piensa en las nubes. Él piensa en la inutilidad de los abrecartas. Ella piensa en la belleza, él piensa en los lince.

JONÁS.- Esto no puede estar bien.

LUCÍA.- ¿No te gusta?

JONÁS.- ¿A ti no te dan miedo?

LUCÍA.- ¿Por qué?

JONÁS.- ¿De dónde viene la luz de las estrellas?

LUCÍA.- De dónde va a venir. Del cielo. ¿No? A veces haces unas preguntas tan raras...

JONÁS.- No me refiero a eso.

LUCÍA.- Entonces, ¿a qué te refieres?

JONÁS.- Déjalo.

LUCÍA.- ¿Era una adivinanza?

JONÁS.- Sí. Eso era. Una adivinanza.

LUCÍA.- ¿Y cuál es la solución?

JONÁS.- No la sé.

LUCÍA.- ¿Te pasa algo?

JONÁS.- ¿Qué quieres que diga?

LUCÍA.- ¿Qué hacemos mal?

JONÁS.- Creer que somos los únicos seres encima de la tierra.

LUCÍA.- ¿Acaso no lo somos?

JONÁS.- Olvidarnos de lo demás.

LUCÍA.- ¿Qué es lo demás?

JONÁS.- Ya sabes qué es lo demás.

LUCÍA.- No soporto cuando te encierras en ti mismo.

JONÁS.- No pienses en mí.

LUCÍA.- No pienso en ti. Pienso en nosotros.

JONÁS.- ¿Nosotros? ¿Nosotros existimos?

LUCÍA.- ¿Qué pregunta es esa?, ¿otra adivinanza?

JONÁS.- Tal vez.

LUCÍA.- ¿O eso lo dices porque has crecido aislado en medio del bosque igual que un animal salvaje?

JONÁS.- ¿Te has enfadado?

LUCÍA.- Yo no me enfado. ¿Por qué iba a enfadarme, Jonás? Nunca me enfado.

JONÁS.- Cuando te enfadas te muerdes los labios.

LUCÍA.- Será porque tengo frío.

JONÁS.- Será por eso.

LUCÍA.- Sí, por eso será.

JONÁS.- Déjalo. Te vas a hacer sangre.

LUCÍA.- ¿Y a ti qué más te da?

JONÁS.- ¿Quieres que busque una manta?

LUCÍA.- Prefiero no continuar con esta conversación.

JONÁS.- Acabarás haciéndote daño. Para.

LUCÍA.- Debería salir a bajar la basura.

JONÁS.- No tardes.

LUCÍA.- Y tú no te vayas.

El lince piensa: escucho cómo se cierra un cepo cerca de aquellos árboles. Luego se cierra otro más allá y algún otro un poco más lejano. Para quién está acostumbrado el sonido es inconfundible. El sol se esconde tras esas nubes. Las hojas se agitan. Hay un pez flotando en la superficie del pantano: sus escamas reflejan la luz que baja del cielo.

LUCÍA.- ¿Cómo pensabas que sería mi casa?

JONÁS.- No sé.

LUCÍA.- ¿La imaginabas así?

JONÁS.- No pienso mucho en esas cosas.

LUCÍA.- ¿Te gusta?

JONÁS.- ¿El qué?

LUCÍA.- ¿El qué va a ser?, mi casa.

JONÁS.- Es bonita.

LUCÍA.- ¿Y yo?, ¿te gusto?

JONÁS.- Eres buena conmigo.

LUCÍA.- ¿Solo?

JONÁS.- ¿Qué más hace falta?

LUCÍA.- ¿Dónde?

JONÁS.- Aquí.

LUCÍA.- Me gustaría tener un jardín para dedicarme a la cría de perros.

JONÁS.- Nunca antes había estado en un piso.

LUCÍA.- ¿Qué es lo que más te gusta?

JONÁS.- ¿De dónde?

LUCÍA.- De aquí.

JONÁS.- La altura que hay desde la ventana al suelo.

LUCÍA.- ¿Recuerdas cuándo te escribí esta carta? Te escribo a diez kilómetros del mar. Sé que es imposible que el sonido burle tanta distancia, pero se me antoja que quizá tú si puedas escuchar el runrún de estas olas. Supongo que estarás solo, como siempre, tal vez rodeado de gente, pero solo. ¿Quién puede hacerle compañía a un fantasma? Espero que estés mejor, que hayas salido a pasear estos días y te hayas encontrado con una de esas cosas pequeñas que solo tú ves y que te hacen estar algo menos triste. Siento que nada sea lo bastante real para un fantasma. ¿La recuerdas?

Doce niñas dentro de un minibús llevan pequeños sombreros blancos y cantimploras. Van de excursión con el colegio. Si alguna en este momento mirase por la ventana vería una fila de postes de la luz que se pierde en el horizonte y encima de cada poste una cigüeña. Ninguna de ellas mira por la ventana. Si pasados unos kilómetros alguna mirase por la ventana vería una fila de postes de la luz que se pierde en el horizonte, encima de cada poste una cigüeña y en la ventanilla de atrás del coche que les está adelantado la funda de una escopeta. Pero ninguna de ellas mira por la ventana. Pasados unos cuantos kilómetros más, cuando una de ellas mira por fin por la ventana, ve un conejo gris parado en medio del campo. Rápidamente se lo dice a sus compañeras, todas se giran a la vez y miran por la ventana, *¿dónde está el conejo?* Las doce niñas van a participar en la puesta en libertad de un lince. El lince no está. Para distraerlas, el profesor, que creció en un pequeño pueblo de dos o tres casas rodeadas por un extenso prado, les mandará hacer un herbario: *id y aprended de los lirios del campo y las aves del cielo*, dirá.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

No tengáis miedo.

No podemos ir muy lejos.

Tenemos que ser cuidadosas si no nos queremos perder.

Estate quieta.

¿Por qué?

¿Qué nos puedes pasar?

Algo malo.

Mi madre me dijo: *no vayáis solas por el campo*.

El profesor nos deja.

No nos pasará nada.

No vamos solas. Vamos juntas.

¿Qué levante la mano quién quiera ir más lejos? Vale, iremos más lejos.

¿Tienes miedo?

No. No. No tengo miedo, si estáis todas de acuerdo...

¿Cómo sabremos cuál es el camino de regreso?

Yo lo sé.

¿Cuál?

Es una mentirosa.

¿Por qué?

No lo sabe.

Sí lo sé. Es por ahí.

Es por el otro lado.

¿Cómo?

Justamente por el otro lado.

Solo iré hasta aquel árbol.

Solo iremos hasta el árbol de más allá, desde allí veremos la montaña.

El lince piensa: id al campo y recoged ortigas, haced con ellas un colchón para cada una de vosotras y acostaos sobre él. No os levantéis. La primera que se levante, pierde: jamás aprenderá a controlar las miserias de su cuerpo. Cuando las ortigas ya estén secas, volved al campo, haced nuevos colchones. Es vuestro primer ejercicio para el endurecimiento.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

¿A vosotras os gusta?

Déjame ver.

No la toquéis.

¿Qué es eso?

Es una pistola.

No. No es una pistola.

¿Y qué es?

Una escopeta.

Lista.

A mí me parece que es bonita.

Mi abuelo tiene una parecida.

¿De quién será?

¿Qué es lo que se oye?

¿Hay alguien por ahí?

Son los grillos, ¿no?

Dejadla. Dejadla en su sitio.

¿Sabes utilizarla?

Hemos visto cómo las utilizan.

¿Está cargada?

Os dije que no la teníais que coger.

¿Qué tal me queda?

Vale. Ya la dejo.

Adiós escopeta.

¿Os habéis hecho daño?

Volvamos.

Tranquilízate.

No llores. No ha pasado nada.

Por favor.

Hola escopeta.

Mi madre me dijo: *una niña no puede ir más allá de los árboles.*

Mi madre también me dijo: *una niña no puede adentrarse en el bosque.*

Mi madre me repitió: *no vayas sola por el bosque.*

Mi madre también me repitió: *tened cuidado con los animales salvajes.*

No os acerquéis mucho.

Miradles desde lejos.

El lince piensa: quitaos los vestidos blancos, cortad las ramas verdes de las zarzamosas, es importante que estén verdes porque de otra manera no serán flexibles, envolved con ellas vuestro cuerpo haciendo círculos, no os comáis la fruta. Cuando estéis preparadas, acercaos unas a las otras y abrazaos. No os separéis. Dejad que los pájaros coman. La primera que se separe, pierde: jamás aprenderá a controlar las miserias del amor. Cuando las heridas ya estén secas, volved al campo, haced nuevos trajes. Es vuestro segundo ejercicio para el endurecimiento.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Por aquí no es.

¿Cómo sabes por dónde es?

Ya te lo he dicho antes.

Sabía que acabaríamos perdiéndonos.

No nos hemos perdido. Vamos bien.

Hacedle caso.

¿A dónde vamos?

Será mejor que esperemos aquí paradas.

Es mejor que salgamos a un claro del bosque.

¿Me das un abrazo?

Quizá veamos algún lince.

Yo he visto a un lince.

¿Dónde?

Huele demasiado a bosque.

A tierra.
A tierra mojada.
¿Mirad al conejo?
¿Qué conejo?
Al conejo gris parado ahí en medio.
¿Vosotras veis algún conejo?
Diremos que hemos visto un lince.
¿Y qué nos ha dicho?
Alguien ha disparado al conejo.
Os dije que no la tocarais.
Ahora, ¿qué hacemos?

El lince piensa: coged el conejo y acercaos a la orilla del río. Sujetadlo con una mano del cuello y con la otra de las patas de atrás. Tenéis que ser cuidadosas y fuertes. Sumergidlo en el agua, aguantad. El conejo comenzará a moverse. No lo saquéis del río. La primera que lo saque, pierde: jamás aprenderá a controlar las miserias de su vida. Cuando el conejo deje de moverse, volved al campo, buscad otro. Es vuestro tercer ejercicio para el endurecimiento.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
¿Por qué no jugamos a algo?
¿Cómo puedes pensar en jugar?
¿Al escondite?
Si queremos que vengan a por nosotras no deberíamos jugar al escondite.
¿Y cuándo vamos a recoger las plantas?
Yo he recogido tres.
¿Cuáles?
Mira.

¿Pican?

¿Te preocupas ahora por las plantas?

Las plantas han estado aquí siempre.

Y estarán aquí siempre.

¿Segura?

¿Incluso cuando no esté?

Cuando no estemos, habrá más plantas. Todo estará lleno de plantas.

Qué bonito. Todo lleno de plantas. Como en un jardín.

¿No lo sabías?

Pues vale. Qué más me da. Nosotras no estaremos.

¿Y ahora?

Ahora sí estamos, ¿no?

Tranquilas, ella sabe dónde vamos.

¿Quién?, ¿tú?

Se escuchan pasos.

Son pasos de hombre.

Ahí hay alguien.

No. No. No.

Apunta con la escopeta.

¿Quién es?

EL CAZADOR.- Crecí en un pequeño pueblo donde hay dos o tres casas, el pajar las cuadras, rodeadas de un extenso prado que las separa de otras dos o tres casas. Como vecinos tan solo tenemos a una viuda con sus dos hijos con los que mi abuelo, a pesar de la cercanía, no se cruza ni una palabra. Cosas del pasado, supongo. Tienen caballos salvajes para mantener limpios los prados. A la puerta de su casa, que está al lado de la nuestra, tienen

atado en una columna a un perro al que llaman Lince. Cuando pasan a su lado Lince ladra y mueve el rabo de alegría, incluso se pone de pie y el collar, atado a una cadena sujetado en la columna, le tira del cuello y empuja hacia atrás. Cada día se mueve menos. Cuando me levanto por las mañanas está tumbado, con el hocico sobre el suelo, y en esa postura intenta ladrar. Ha enmudecido. Cada vez está más delgado, se le notan más los huesos. Un día escucho como dice: *no toquéis a ese diablo, tiradle una piedra a la cabeza, dejadle ahí para las moscas*. El cielo está despejado. Comienza a levantarse un aire incómodo que menea las ramas a los árboles. Los gemelos practican su puntería. Mi abuelo cierra las contraventanas y coge la escopeta. Dispara dos veces. Han salido volando doce palomas.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Es un hombre.

Y está solo.

Parece un hombre malo.

¿Cómo distinguís a un hombre malo de uno que no lo es?

Mi madre dice: *todos los hombres son malos*.

Está sucio. Mirad cómo tiene la cara.

Sucia.

LUCÍA.- Eres la persona más rara que he conocido, supongo que la soledad hace que la gente se vuelva extraña. Una mezcla de compasión, inocencia y mala leche. Siempre ausente como un animal nocturno y miedoso. Me sorprende que seas así, ¿de dónde has salido?, ¿qué esperas? Es como si algo dentro de ti se hubiese parado y funcionases de una forma diferente al resto. El mundo te atraviesa. Te inmoviliza. Nunca antes había escuchado a nadie hablar como tú hablas del bosque, con esa mezcla de soledad, pánico y encanto que acabará por convertirte en cenizas. ¿Cómo puedo ayudarte a escapar? Ponte las cosas fáciles. Ponme las cosas fáciles. Más de una vez me he arrepentido del día en el que nos conocimos. Nunca estás. Un día tras otro te maltratas. Por favor, no me conviertas en tu cómplice, no podría soportarlo, quédate conmigo y olvídate de los devaneos que nublan tu cabeza. No has hecho nada. No tienes la culpa de nada. Solo eres un hombre. Date un respiro.

JONÁS.- He sido yo el que ha venido.

LUCÍA.- Lo sé, pero si no estuvieses aquí, ¿dónde te gustaría estar?

JONÁS.- ¿Quieres que me marche?

LUCÍA.- No quiero que te marches.

JONÁS.- ¿Por qué me lo preguntas?

LUCÍA.- No creo que estés aquí.

JONÁS.- No sé. En cualquier sitio.

LUCÍA.- Cierra los ojos y dime un lugar.

JONÁS.- Tal vez en la biblioteca de mi abuelo o dentro de una ballena o paseando lentamente por el bosque, aplastando las hojas de los árboles, haciéndolas desaparecer.

LUCÍA.- ¿Sabes dónde me gustaría estar a mí?

JONÁS.- ¿Dónde?

LUCÍA.- Donde estoy.

JONÁS.- ¿Quieres que prepare una taza de chocolate caliente?

LUCÍA.- No te entiendo.

JONÁS.- ¿No vas a salir de debajo de la manta?

LUCÍA.- No te vayas. Por favor.

JONÁS.- Mírate. ¿Qué motivos tienes para sobreponerte a esta lenta derrota? Explícame la paradoja de tu impaciencia: deseas que todo suceda pronto, que pase la noche y que llegue el día y que llegue la noche y que pase el día, y en cambio te olvidas de que hay un final en donde poco importa la flor o el cachorro o el niño. ¿Qué sentido tiene?, ¿me entiendes? ¿De qué le sirven al río tus lágrimas? Ojalá pudiésemos escapar de esta soledad espantosa que habita en nuestros cuerpos en medio del océano en mitad de la tormenta. Nadie sabe que estoy ardiendo. Qué horror. ¿Te das cuenta que de nosotros no quedarán ni buenos ni malos recuerdos? Qué ilusa eres al creer que puedes cambiar.

JONÁS.- ¿Tienes que ir a trabajar?

LUCÍA.- No puedo dejarte solo.

JONÁS.- Te vendrá bien salir de casa.

LUCÍA.- ¿Y si vienen a buscarte?

JONÁS.- ¿Quiénes?

LUCÍA.- Alguien te echará de menos.

JONÁS.- ¿Quién?

LUCÍA.- Verán a tu abuelo. Pensarán en ti. Te buscarán.

JONÁS.- No lo creo.

LUCÍA.- No te rías. Vendrán cuando menos te lo esperes.

JONÁS.- Ni siquiera tú sabes dónde estoy.

LUCÍA.- ¿Por qué estás tan seguro?

JONÁS.- Cuando entré en la casa y me topé con aquel olor penetrante y verde, y vi a mi abuelo con la piel pálida, de un blanco marmóreo, y un libro en el suelo abierto por una reproducción del San Sebastián de El Greco, y una vomitona reseca sobre la mesa; pensé: *hay gente que debería tener prohibido morirse*. Y también pensé: *yo no soy ese tipo de gente*. Recogí lo que necesitaba. Espere a que anocheciese. En la oscuridad rebusqué entre mis cosas y encontré una cerilla, la encendí, me senté a ver cómo desaparecía todo, cómo empezaba a desvanecerme, cómo las llamas no eran capaces de iluminar la profunda oscuridad del bosque. Al fondo, ocultos en los matorrales, sentí dos grandes ojos brillando.

LUCÍA.- Si me voy, ¿te harás daño?

LUCÍA.- Quizá mi madre compró el poster en una de sus visitas al museo del Prado.

JONÁS.- ¿Por qué?

LUCÍA.- Querría tenerlo.

JONÁS.- ¿Y lo guardó detrás del sofá?

LUCÍA.- Siempre ha estado ahí.

JONÁS.- Es curioso como El Greco pinta a San Sebastián con la piel de un blanco mármoleo. Igual que una escultura. Convertirle en piedra fue la solución que encontró para que soportase el dolor atravesando su cuerpo. Una de las flechas traspasa de un lado al otro su muslo derecho. Otra parece atravesarle la polla. San Sebastián está amarrado en una columna y tiene la cabeza orientada en dirección al cielo, da la sensación de estar sereno y tranquilo y seguro y calmado, tan alejado de la vida que solo desea encontrar el reposo de la muerte. Pero sobrevive, le curan las heridas y se presenta frente al emperador para decirle: *así no se hacen las cosas*. Entonces ordena que lo azoten y lo arrojen a un lodazal, esta vez sí, ya muerto. El Greco se equivocó al representar el martirio de San Sebastián.

LUCÍA.- ¿Por qué?

JONÁS.- No tenías que haberlo sacado.

LUCÍA.- Pensé que te gustaría.

JONÁS.- Pues te has equivocado. No lo soporto.

LUCÍA.- Dime una cosa.

JONÁS.- ¿Qué?

LUCÍA.- ¿Por qué nunca me dices lo que verdaderamente piensas?

JONÁS.- Porque no pienso en nada.

LUCÍA.- ¿Qué hiciste con el libro cuando fuiste a recoger las cosas de tu abuelo?

JONÁS.- Qué importa.

El lince piensa: es un juego, saben que no son los únicos seres encima de la tierra; ni siquiera pueden imaginar al último ser humano encima de la tierra: alguien cogiendo una piedra con una mano y golpeándose fuertemente en la cabeza, en el abismo, esforzándose en olvidar palabras que ya no le sirven para nada y recordándolas tranquilas, sin pausa.

La última imagen que verá alguien de mi especie puede ser: una sombra de una encina, la hierba seca: espigas cardos un diente de león, un enjambre de moscas en los ojos que apenas le dejan ver, una piedra afilada calentada por el sol. Su cuello no aguanta el peso de su cabeza. Estira las patas para adelante y se deja caer de costado con toda la fuerza de su cuerpo. No es mucha. Es un golpe seco. Un escalofrío en un paisaje que nadie ve. Ya no recuerda. No existen. ¿Qué importa?

LUCÍA.- ¿Qué hacíais tanto tiempo en el bosque?, ¿alguna vez disparasteis a las paredes de una ermita?, ¿a las campanas? ¿Alguna vez disparasteis a un animal? ¿Crees en Dios?, ¿en los ángeles? ¿Por qué no te gusta el mar?, ¿eres más de montaña? ¿Alguna vez disparasteis a una persona? ¿Crees que mereció la pena? ¿Alguna

vez has nadado entre ballenas?, ¿por qué no vamos al mar? ¿Por qué estás siempre triste? ¿Por qué no te olvidas del bosque? ¿Por qué no confías en los hombres? ¿Por qué te dan miedo las estrellas? ¿Qué debemos hacer?, ¿qué te gustaría?, ¿te crees mejor que nosotros? ¿Sabes nadar? ¿Quieres morir? ¿Sabes que no voy a dejar que te mueras? ¿Qué es lo que diferencia a un lince de un lobo?, ¿la soledad? ¿Te cuesta tanto disfrutar de esto? ¿Por qué piensas? ¿Por qué coges una piedra?, ¿por qué la tiras al río?, ¿por qué piensas que desaparecerá?, ¿por qué crees que eso significa algo? ¿No sabes que solo cambia? ¿No puedes entender que te estás equivocando? ¿Te arrepentirás?, ¿será demasiado tarde? ¿No te gusta lo que ves? ¿No te gusta mi cuerpo? ¿Por qué no me tocas? ¿Qué quieres que te haga? ¿Qué es esto?

El hombre se detiene, la cara sudorosa, una gota resbala por la nariz, el bigote, los labios, la barbilla, cae. Resopla. Sujeta el peso de su cuerpo con las manos apoyadas en sus rodillas. En este momento piensa que le gustaría estar en el mar, refrescarse y nadar un poco. No pesar. Coge la bota, la abre y se echa algo de vino en la nuca, luego la dirige hacia su boca sin que el vino deje de salir. El cuello, la barbilla, se tiñen de rojo. Apoya la escopeta en un árbol. Se aparta para orinar.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Quizá sea un lince.

¿Cómo va a ser un lince?

No habléis. Puede escucharnos.

Si no le hacéis caso tal vez desaparezca.

Puede ser un niño al que hayan criado los linceos.

Tal vez sea un animal salvaje.

O un animal que nadie haya visto antes.

¿Cómo el monstruo de Lago Ness?

No vayas detrás de él.

Es muy bonito.

Conseguiréis asustarle.

EL CAZADOR.- No me sigáis.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Sí que habla. ¿Le has oído?

EL CAZADOR.- Dejadme en paz. No os acerquéis.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Ven.

EL CAZADOR.- Puedo haceros daño.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

¿Podemos jugar con él?

¿Quieres jugar con nosotras?

Nosotras te cuidaremos.

Vamos, acércate.

Será nuestro hijo hasta que vengan a buscarnos.

Nadie vendrá a buscarnos.

EL CAZADOR.- ¿Qué hacéis?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Con nosotras no sentirás frío, ni pasarás hambre, ni tendrás miedo.

Eres muy afortunado.

A partir de ahora tendrás doce madres.

LUCÍA.- ¿Qué tienes ahí?

JONÁS.- ¿Dónde?

LUCÍA.- Déjame ver.

JONÁS.- ¿Qué quieres?

LUCÍA.- ¿Qué te ha pasado?

JONÁS.- Nada.

LUCÍA.- Ahí. En la muñeca. ¿Qué has hecho?

JONÁS.- Es una marca de nacimiento.

LUCÍA.- No la había visto antes.

JONÁS.- Está ahí desde siempre.

LUCÍA.- No me mientas.

JONÁS.- ¿Sabes lo que más me gusta de ti?

LUCÍA.- ¿Qué?

JONÁS.- Que jamás te das por vencida.

LUCÍA.- Déjame ayudarte.

JONÁS.- ¿Cómo?

LUCÍA.- Enséñame.

JONÁS.- Han comenzado a sangrarte los labios.

LUCÍA.- Déjame curarte. Hay gasas en el armario.

JONÁS.- Se está manchando el suelo.

LUCÍA.- Basta. Basta. Basta. Basta. Basta. Basta. Basta. Basta.
Basta. Basta. Basta. Basta.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

No puedes escaparte.

Nos tienes que seguir.

Tened cuidado para que no se marche.

Cogedlo de la mano.

Aquí está el río.

Te bañaremos para que estés limpio.

¿Cómo hicimos al conejo?

EL CAZADOR.- Nunca me habían hecho tanto caso.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Tiene el cuerpo lleno de pelo.

¿Está el agua fría?

Es igual que el conejo.

Hay que tratarlo igual.

Es suave.

Tienes que meter la cabeza.

Frotadle bien detrás de las orejas.

Tenéis que ser cuidadosas.

EL CAZADOR.- Me vais a ahogar.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

No os pongáis todas encima a la vez.

Está comenzando a moverse.

Está temblando.

Tiembla.

Temblamos.

EL CAZADOR.- Basta. Basta. Basta. Basta. Basta. Basta. Basta.

Basta. Basta. Basta. Basta. Basta.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Ya hemos terminado.

Tiene poco aguante.

Se bueno.

No te preocupes.

Tiene que secar al sol.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Seguro que lleva días sin comer.

Pobrecito.

Puedo darle el pecho.

¿Sabes?

Yo también quiero darle el pecho.

¿Quieres leche? Se coge de aquí.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Está exhausto.

Apenas puede coger aire.

Será mejor que busquemos un sitio en el que pasar la noche.

Pronto anochecerá.

¿Habrán empezado a buscarnos?

¿Habrá llegado el lince?

¿Cómo se hace eso?

¿Se puede?

Tendremos que encontrar un sitio para dormir.

Haremos una hoguera.

Nos contará un cuento para dormir y esperaremos hasta mañana.

Apenas puede hablar.

Dormiremos juntos para no pasar frío. Apoyaremos la cabeza unos encima de otros.

Así nos gusta.

Que seas un niño bueno.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

¿A dónde van los animales cuando se incendia el bosque?

¿Qué hacen los hombres mientras se incendia el bosque?

¿Quién incendia el bosque?

¿A dónde van los árboles cuando se incendia el bosque?

¿Siguen siendo flores las flores que se queman en el incendio del bosque?

¿Sigue siendo el bosque quemado bosque?

¿A dónde va el bosque cuando se incendia el bosque?

¿Se incendian también las piedras cuando se incendia el bosque?

¿Cuánto aguanta un animal sin quemarse cuando se incendia el bosque?

¿Quién recuerda el último incendio del bosque?

¿Quién cuida el bosque?

¿Quién es el bosque?

EL CAZADOR.- Erase una vez un abuelo y su nieto que vivían a las afueras de un pequeño pueblo que ahora

descansa en el fondo turbio de un pantano. Comparían cama con un gato color miel al que llamaban Lince. El nieto, huérfano. El abuelo, viudo. Se dedicaban a cuidar del bosque. Eran tan pobres que por las noches el crujido de sus tripas parecía anunciar la llegada de la lluvia. Como un trueno. No merecían la compasión de sus vecinos. No iban a misa. Un buen día llamaron a su casa una pareja de la Guardia Civil, acababan de cazar una liebre y dijeron: *han pasado bastantes años, nos ayudas a cuidar del bosque, hemos cazado una liebre, cocínala y comamos juntos*. Sentados los cuatro a la mesa, bendijeron el guiso y comenzaron a comer. En mitad de la comida, cuando parecía amainar la tormenta, los guardias empezaron a maullar. Miau. Miau. Miau. Aquel sonido era un taladro. El abuelo y el nieto se miraron. El cuchillo golpeó uno de los platos, se rompió, y el jugo de la comida goteó sobre el suelo. Uno de los guardias seguía masticando con la boca abierta, el nieto empezó a vomitar. Como una fuente. Buenas noches, niñas. Buenas noches.

El lince piensa: escucho la respiración tenue de doce palomas. Ha bajado la niebla. Miro al valle, llevo en la boca un conejo gris, la barbilla tintada de sangre. En algún lugar las estrellas deben brillar con fuerza. Jonás se ahoga en el sueño. Lucía recuerda la frase de una canción: *Si esta canción se acaba que acabe el mundo para todos*. Mira el paisaje apoyada en la ventana. Le gustaría subir a la azotea, pero la azotea está ocupada por doce palomas como doce niñas sentadas en una gran mesa rectangular. Una de ellas parte el pan, sirve el vino, picotean. Ninguna sabe si volverá a cenar mañana.

JONÁS.- ¿Alguna vez has pegado a un perro?

LUCÍA.- ¿Por qué?

JONÁS.- Uno travieso que no quiere bañarse ni que le cortes el pelo.

LUCÍA.- Jamás pegaría a un perro.

JONÁS.- Ni siquiera cuando no te estuviese mirando nadie y el perro empezase a ladrar y otros perros que están esperando a que les cortes el pelo comenzasen también a ladrar y los ladridos despertasen a un niño que estaba dormido y empezase a llorar, y el perro estuviera atado, con bozal, y tuvieras en la mano la escoba con la que recoges el pelo que cortas a los perros.

LUCÍA.- ¿Por quién me tomas?

JONÁS.- Sólo era una pregunta.

LUCÍA.- ¿Cómo se te ocurre preguntarme semejante tontería?

JONÁS.- ¿Y alguna vez les has metido en una de esas lavadoras para mascotas donde se les encierra y comienza a salir agua por todas partes?

LUCÍA.- En el trabajo tenemos una. ¿Por qué?

JONÁS.- Y cuando tengas el criadero de perros, ¿les pegarás?

LUCÍA.- ¿Por qué iba a pegarles?

JONÁS.- Para que aprendan a no cagarse fuera del periódico.

LUCÍA.- Ya te he dicho que no les pegaría nunca.

JONÁS.- Supongo que habrá otras maneras.

LUCÍA.- ¿Para qué?

JONÁS.- Para que aprendan cosas.

LUCÍA.- Claro.

JONÁS.- ¿Cuántas oportunidades le tienes que dar a un perro antes de darle el primer puntapié?

LUCÍA.- A los perros nunca hay que darles puntapiés.

JONÁS.- ¿Y a los gatos?

LUCÍA.- Tampoco pegaría a un gato.

JONÁS.- ¿Y a un lince?

LUCÍA.- Basta ya.

JONÁS.- Estaba pensando en el día en el que nos conocimos.

LUCÍA.- ¿Te acuerdas?

JONÁS.- Sí. ¿Y tú?

LUCÍA.- Cuando salía de la peluquería te vi en la puerta con la funda de una escopeta en el hombro y dije que iba a llamar a la policía. *¿Qué quieres de mí, el bolso, la cartera?* Tú insistías en que no tuviera miedo, no querías hacerme daño ni robarme ni nada.

JONÁS.- Antes de salir, ¿qué hacías?

LUCÍA.- Supongo que lo que hago todos los días.

JONÁS.- ¿Lo recuerdas?

LUCÍA.- ¿Barrer, hacer caja, ahuecar los cojines?

JONÁS.- ¿Sí?

LUCÍA.- Y luego me dijiste que fuésemos a tomar una taza de chocolate caliente.

JONÁS.- ¿Y fuimos?

LUCÍA.- Sí.

JONÁS.- Sabes qué es lo curioso de los recuerdos, nunca son del todo ciertos ni del todo falsos. Sin memoria, ¿qué somos? La vida es solo memoria, pasado, y el pasado es una mentira. Sin embargo, el pasado es lo único que nos permite aspirar al futuro.

LUCÍA.- Basta, Jonás.

JONÁS.- ¿Sabes de lo que estoy hablando? Dime, ¿has pegado alguna vez a un perro?

LUCÍA.- Estoy segura de no haber pegado nunca a un perro.

JONÁS.- Quizá hayas maltratado a uno y no lo recuerdes.

LUCÍA.- ¿Qué te pasa?, ¿estás volviéndote loco?

JONÁS.- Esta mañana he pensado en tu estúpido empeño de estar conmigo.

LUCÍA.- No es estúpido.

JONÁS.- ¿Qué es?

LUCÍA.- ¿Por qué piensas que es imposible?

JONÁS.- Cualquier relación lo es.

LUCÍA.- ¿No crees que somos especiales?

JONÁS.- ¿Nosotros?

LUCÍA.- Nosotros.

JONÁS.- Deja que me marche.

LUCÍA.- ¿Qué quieres que haga?

JONÁS.- Coge la escopeta y acaba conmigo.

LUCÍA.- Voy a llamar a una ambulancia.

JONÁS.- Tranquilízate.

LUCÍA.- Estás enfermo.

JONÁS.- No estoy enfermo.

LUCÍA.- ¿Qué te pasa?

JONÁS.- Simplemente tengo miedo.

LUCÍA.- ¿A qué?

JONÁS.- ¿Me pegarías a mí?

LUCÍA.- Te estás convirtiendo en un monstruo.

JONÁS.- Pégame. Por favor.

LUCÍA.- ¿Es esto lo que querías?

JONÁS.- Más.

LUCÍA.- Deja de reírte.

JONÁS.- No llores.

LUCÍA.- Ven aquí. Me sentará bien.

JONÁS.- Muy bien. Así.

LUCÍA.- ¿Te duele?

JONÁS.- Está dejando de dolerme.

LUCÍA.- ¿Te gusta?

JONÁS.- Me encanta.

LUCÍA.- Tócame.

JONÁS.- Estoy dejando de pensar.

LUCÍA.- Eres un niño muy malo.

JONÁS.- ¿Así?

LUCÍA.- Babeas.

JONÁS.- Te pondré perdida.

LUCÍA.- No pasa nada. Pon aquí tu boca.

JONÁS.- ¿Lo hago bien?

LUCÍA.- Mejor que bien.

JONÁS.- ¿Y esto?

LUCÍA.- Ronroneas igual que un lince.

Imagina en la calle a doce niñas vestidas de blanco. Cada una tiene un bolso que es una paloma disecada. Una de ellas lleva una escopeta, las otras tienen un rotulador rojo para escribir frases como: *aquí está mi corazón* o *esta es mi sien*. Imagina que las doce niñas vestidas de blanco saltan a la vez a la comba. Imagina sus bragas caladas de algodón. Sus risas. Imagina que cada salto es un disparo. Imagina que con cada salto la paloma quiere empezar a volar de nuevo, rebotando sobre su vientre, tierno. Tiernas. Las alas de la paloma se agitan y el cuello intenta erguirse sin conseguirlo. Imagina que saltan durante horas, todas a la vez, e imagina, también, que las niñas no pueden parar hasta que las palomas resuciten. Saltan creyendo que pueden aprender a volar.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
Buenos días.

¿Qué vamos a desayunar?

EL CAZADOR.- ¿Dónde está?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
¿Has dormido bien?

¿Era mullido el colchón de ortigas?

EL CAZADOR.- ¿Dónde está la escopeta?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
Ahora aparecerá.

EL CAZADOR.- ¿Qué habéis hecho?, ¿la habéis cogido?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
Ninguna de nosotras hizo nada.

EL CAZADOR.- Estáis mintiendo.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Debe haber pasado una mala noche.

EL CAZADOR.- ¿Qué hicisteis esta noche?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Tiene la cara hinchada.

Deberíamos irnos.

Nuestras madres estarán preocupadas.

Es verdad.

Todavía no hemos terminado.

EL CAZADOR.- Solo quiero saber dónde habéis dejado la escopeta.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

¿Por qué?

Nos quiere hacer daño.

¿Nos quieres hacer daño?

No creo que nos quiera hacer daño.

EL CAZADOR.- Levantaos. Ayudadme a buscarla.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

No podemos levantarnos.

EL CAZADOR.- Era de mi abuelo.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

¿Por qué tendríamos que creerte?

EL CAZADOR.- Marchaos. Por favor.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Estamos aquí para cuidarte.

Para que no te pase nada malo.

EL CAZADOR.- No aguanto más.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
¿Es esto lo que estás buscando?

EL CAZADOR.- No hagáis ninguna tontería.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
Boom. Es así, ¿no?

EL CAZADOR.- No es ningún juguete.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
Boom.

EL CAZADOR.- Esas cosas las carga el diablo.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
Solo queremos aprender a utilizarla.
Aprenderemos rápido.
Yo aprendo muy rápido.
Yo más.
Yo la que más.

EL CAZADOR.- ¿Qué queréis?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
Cállate.

EL CAZADOR.- Dejadla en el suelo.

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
Muérete.

EL CAZADOR.- ¿Me daréis otra oportunidad?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
¿Para qué?
Vamos. Muérete.

EL CAZADOR.- ¿Qué?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Que te mueras.

Queremos ver cómo te mueres.

Tírate al suelo. Deja la lengua fuera. Cierra los ojos.

¿No nos has escuchado?

EL CAZADOR.- ¿Así?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Los muertos no hablan.

¿Será así?

Debe ser más o menos así.

No entiendo muy bien que es lo que pasa cuando uno se muere.

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

¿Qué es lo que pasa?

Dinos qué se siente.

EL CAZADOR.- ¿Cómo?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

Dinos qué es lo que se siente estando muerto.

Vamos.

Qué se siente.

Qué se siente.
Qué se siente.
Qué se siente.
Qué se siente.
Qué se siente.
Qué se siente.
Qué se siente.
Qué se siente.
Qué se siente.
Qué se siente.
Qué se siente.

EL CAZADOR.- ¿Cómo queréis que sepa qué es lo que se siente?

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-
¿Tienes miedo?

Imagina que las doce niñas rodean al hombre. Imagina que tan solo vemos un volumen de vestidos blancos, los bajos de las faldas aleteando desacompañadamente, el pelo, los calcetines de perlé cada vez más sucios. Imagina que oyes como repiten las frases que les decían sus madres. Frases como: *no os acerquéis mucho* o *tened cuidado con los animales salvajes* o *no vayáis solas por el bosque*. Imagina que una de ellas de repente gira el cuello y te mira. Sonríe. Imagina al cazador diciendo: *¿por qué me hacéis esto?* Imagina que responden: *por todo lo que harás, lo ya que has hecho no tiene remedio*.

EL CAZADOR.- Dios le dijo a Jonás: *ve a Nínive y pronuncia un oráculo contra ella, su maldad ha llegado hasta mí.* Jonás se metió en un barco y buscó refugio en el mar para no cumplir con su mandato. Dios despertó una fuerte tempestad. Los marineros que le acompañaban consiguieron calmar su ira tirando a Jonás por la borda. La tormenta amainó. Jonás se pasó tres días y tres noches en el vientre de una ballena. Tenía miedo y rezó. Prometió ir a Nínive y cumplir con la ordenanza. La ballena le vomitó y fue a Nínive y dijo: *dentro de cuarenta días esta ciudad será destruida.* Los habitantes de la ciudad, temerosos, se arrepintieron, rezaron y consiguieron calmar la ira de Dios. Pasaron cuarenta días y la ciudad no fue destruida. Dios les había perdonado. En ese momento Jonás se sintió contrariado y comenzó a reprocharle a Dios haber salido de su tierra, y a pesar de que intentó huir, haber tenido que regresar e ir hasta Nínive para pronunciar un oráculo que no se había cumplido y que le había dejado como un loco y un mentiroso, y que además, les había dado una segunda oportunidad a los paletos de la ciudad de Nínive. Y Dios le dijo: *Cuando estabas en el vientre de la ballena tuviste miedo, rezaste y yo me apiadé de ti.* Y Jonás le dijo: *Señor, ya no lo tengo, nunca jamás tendría que haber tenido miedo, quítame la vida, chúpame los huevos, porque sé que eres paciente y misericordioso y no quiero tener deudas contigo, y por eso prefiero morir a seguir viviendo. Me enfado contigo y me parece bien enfadarme contigo, Señor, mátame. Tendrías que haberme matado la primera vez. Nunca tendrías que haberme dejado nacer. ¿Por qué demonios me has mareado tanto?*

LUCÍA.- ¿No consigo hacerte feliz?, ¿qué necesitas? Con-téstame. ¿No vas a darme otra oportunidad? Déjate de tonterías. Lo siento.

JONÁS.- Dime una cosa.

LUCÍA.- ¿Qué?

JONÁS.- Si ahora mismo me muriese, ¿qué epitafio pondrí-as en mi tumba?

LUCÍA.- *Prohibido morir.*

Jonás piensa: *si esto tiene que pasar, que pase pronto.* Lucía pien-sa: *si esto es lo único que tengo, llamaré al horror felicidad.* Jonás piensa: *quiero que a mi muerte la llames extinción.* Lucía pien-sa: *juntos somos infinitos.*

DOCE NIÑAS CON PEQUEÑOS SOMBREROS BLANCOS.-

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

No somos infinitos.

Si piensas en el principio, en el principio de los principios, mucho antes de los dinosaurios y antes de la Tierra convertida en una fruta ardiendo, antes del Origen y mucho antes del nacimiento de Dios. Si emprendes el viaje hacia lo impensable hasta que tu cabeza no dé más de sí, allá donde una pregunta: sobre todo ¿cómo? y sobre todo ¿por qué?, jamás será respondida. Si te lo tomas en serio y pones imágenes al instante anterior al inicio de todo lo que existe. Donde no hay estrellas y mucho menos agua, pájaros, lince. Donde el ser humano no es siquiera una esperanza y aún no se han inventado otros planetas para que haya vida en otros planetas. Antes de que el tiempo y el espacio se equivoquen. Si lo haces, se te tensa el cuello y no encuentras aire, si a eso lo llamas pánico o terror porque eres incapaz de encontrar una palabra más exacta y tienes un fugaz pensamiento como: *no recuerdo si he cerrado el gas*, si piensas en cuando no éramos y vuelves a pensar en cuando no seremos e imaginas tu casa saltando por los aires con tu perro tranquilamente recostado en el sofá. Si es ahora cuando piensas en la extinción de los pájaros, de los lince y de los hombres: de ahí ese sentimiento de desolación que se está apoderando de ti. Si piensas en el principio y conoces el final y sabes del hundimiento, comprenderás que, aunque sea una estupidez, no hay consuelo para ninguno de nosotros.

Jamás volverás a dormir. Descansarás cuando caigas derrotado por tus pensamientos. Alguien, creyendo que todavía puede ayudarte, repetirá decenas de veces este proverbio chino: *Si un problema tiene solución, ¿para qué preocuparse? Y si no la tiene, ¿para qué preocuparse?* Hay una soledad masticable que se ha apoderado de tu cuerpo. Una densidad capaz de

ralentizar tus movimientos hasta conseguir paralizarte. No es fácil escapar. Lo peor aún está por llegar.

LUCÍA.- Ansías el Descubrimiento.

El lince piensa: Jonás sabe cómo resucitan las palomas, cómo después de un poco de empeño las palomas aprenden a volar. Mira al paisaje desde la ventana y siente el aire espeso, cargado, cien yunques al rojo vivo son golpeados a la vez por cien martillos, oye una campana tan grande que su badajo pareciera del tamaño de la tierra: algo comienza a temblar y temblamos. El cazador limpia su escopeta bajo la sombra de un árbol, es de noche y brillan las estrellas, cuando se levante tropezará con un cadáver. Jonás piensa que le persiguen los perros. El futuro está pasando. Nieva. Alguien, en la otra acera, observa la belleza de su caída. Es un golpe seco. El sol baja tan despacio como el primer vuelo de las palomas.

El lince cuenta: me siento como cuando camino solo por el campo los días de invierno y al llegar arriba de una loma veo un paisaje nevado, un pequeño lago, un piano de cola, y entre los árboles escucho a una pianista vestida con un traje de gasa blanca que piensa: *es lo único que ocurre en el mundo solo para él. ¿Qué haces ahí donde nadie te escucha?* Una bandada de pájaros está volando en círculos alrededor de mí.

El espacio exterior, 2015



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA